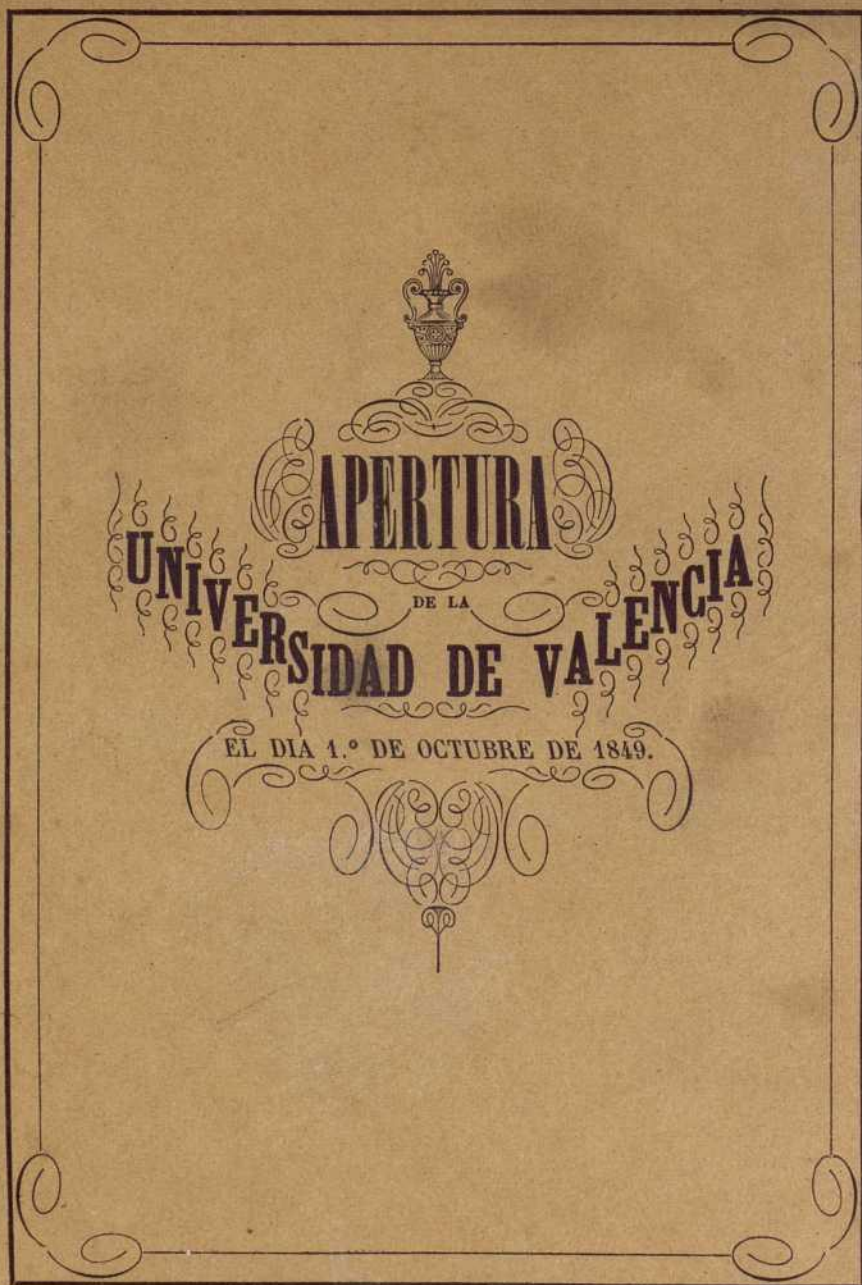


F 5
143





50001118949

Bibl. General i Historica

F 5
143

DISCURSO INAUGURAL

EL DIA 1.º DE OCTUBRE DE 1845

En la Academia de Bellas Artes

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA

DE VALENCIA

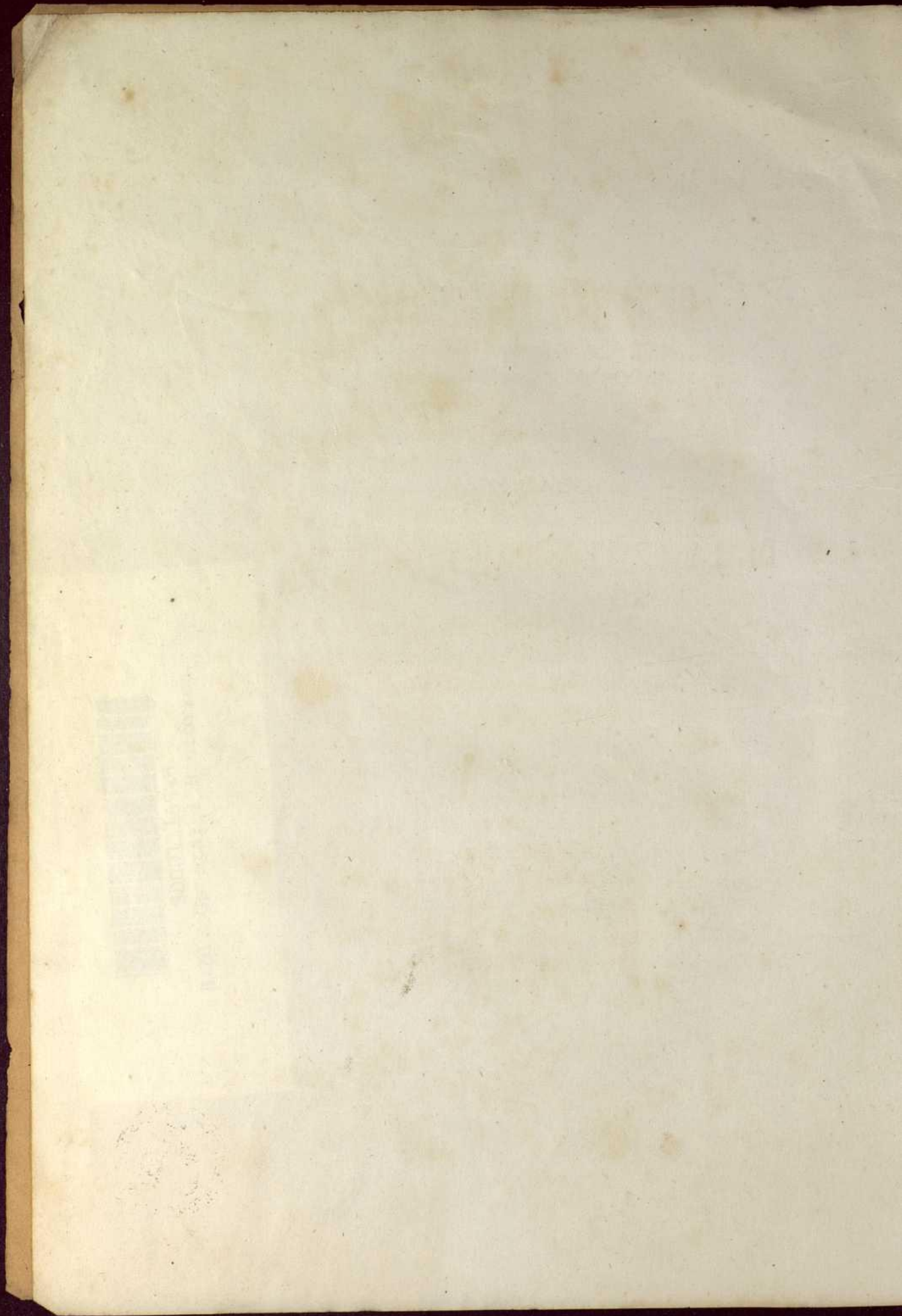
por D. Joaquín Azaña,

Secretario de la misma.



IMPRESA DE JOSÉ GARCÍA





DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO

EL DIA 1.º DE OCTUBRE DE 1849

en la solemne apertura

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA

DE VALENCIA

por D. Jacinto Asenjo,

Catedrático de Retórica y Poética.



IMPRESA DE JOSÉ RIUS, CALLE DEL MILAGRO.



DISCURSO INAGURAL

EL DIA 1.º DE OCTUBRE DE 1920

en la Academia de Ciencias

DE LA UNIVERSIDAD LITVANIA

DE VILNIA

por D. Jacinto Arango

Traducción de D. Jacinto Arango



IMPRESA DE JOSE GARCIA Y DIAZ DE MADRID



Dokis 111 88 74
2 949

R.91.862

SEÑORES:

Tot nos præceptoribus, tot exemplis instruit antiquitas, ut possit videri nulla sorte nascendi ætas felicior, quàm nostra, cui docendæ priores elaboraverunt. (*Quintil.*)



EL espectáculo que ofrece hoy este augusto santuario de las ciencias y de las letras, si bien debe ser interesante y lisonjero para todos los verdaderos amantes del saber, inspira á mi espíritu cierto temor natural, no

afectado, cuando meditada la importancia del asunto que estoy llamado á desempeñar, la comparo con la flaqueza de mis fuerzas. Esta sola consideración me hubiera hecho desistir de tan árdua y arriesgada empresa, á no haber fijado desde luego mi confianza en el carácter tolerante de este ilustrado auditorio.

Sí, Señores, contaría seguro con vuestra benevolencia, si me fuera dado pintaros con vivos colores la imágen que me representa tanto este lugar, como el motivo que en él me coloca. Al inaugurar la apertura de nuestras tareas literarias en presencia de un claustro tan respetable, de un concurso tan numeroso y escogido, paréceme que abriendo Minerva las puertas de su templo sagrado, reúne en derredor de sí á los génios de las ciencias adornados con las insignias y distintivos de sus nobles profesiones; paréceme que hiere á mis oídos esa voz dulce y sublime que partiendo del órgano de la sabiduría, constituye la mas admirable y perfecta armonía en el desarrollo progresivo de los conocimientos humanos.

Reputacion ciertamente grande y envidiable la que con este objeto, en este fausto dia, y acaso en esta misma hora, se labran otros ingenios felices, que colocados sobre el terreno de las ciencias á una altura á donde no alcanza mi vista, ó bien inflaman con el fervor de sus discursos elocuentes el entusiasmo de la juventud alistada en sus banderas; ó bien desvanecen con la irresistible fuerza de su lógica las preocupaciones que obstruyen el camino del sólido progreso; ó bien eternizan con encomios justos la memoria de los que hicieron el sacrificio de la vida en las aras del saber.

No consagraré este breve discurso á materias tan elevadas; creo, sin embargo, que no dejará de interesar en cierto modo la que he elegido por la connexion que tiene con la asignatura de mi cargo.

Los objetos con que estamos familiarizados desde los primeros momentos de nuestra existencia difícilmente escitan nuestra admiracion: la costumbre destruyó la impresion que en otro caso nos hubiera causado su novedad. Cruzan nuestros ojos por

la bóveda celeste, sin que la magnificencia de su estructura, ni el resplandor de sus infinitas luces nos arrebate ni sorprenda. Lo mismo sucede con el atributo mas excelente y maravilloso, el que mas interesa á la dignidad y utilidad de la especie humana: la palabra. Pocos son entre lo comun de los hombres los que fijando su atencion en la palabra han hecho el aprecio que se merece este privilegio superior á todo encarecimiento, con que plugo á la Providencia distinguir al hombre sobre todos los seres de la creacion. Si bien es cierto que á la razon debemos las ideas de lo bello, de lo grande, de lo justo y de lo verdadero, no lo es menos que la misma razon hubiera sido un principio inútil, sin su ausiliar, sin su íntima amiga y compañera, la palabra.

La importancia de la palabra se deja conocer desde luego por la inmensidad de los dominios á donde alcanza su imperio: ¿quién se atreve á designar sus límites? nadie: todo está sujeto á su jurisdiccion. La palabra persuadió á los primeros hombres

que vivian dispersos á reunirse en sociedad, á estrechar sus relaciones, á construir ciudades, á procurarse los medios de hacer mas cómoda su existencia y seguro el goce de sus propiedades: la palabra transmitió las leyes, que principiando por proteger los derechos de la familia, pasaron despues á regularizar las costumbres. A los pocos pasos que dieron los primeros pueblos hácia la civilizacion, columbraron el poder de este elemento, su influencia en sus destinos, su peso en los negocios públicos, su conveniencia en los privados, y su mérito en el trato social: convencidos de que no debian ni podian mostrarse indiferentes en un asunto de tanta transcendencia, asunto del que acaso habia de depender con el tiempo su libertad ó esclavitud, su grandeza ó decadencia, esforzaronse por elevar el lenguaje al mas alto grado de perfeccion, y consiguiendo hacerse elocuentes, concluyeron dejando modelos de inimitable sublimidad.

Si examinamos la historia de la Grecia, encontraremos la confirmacion de esta verdad en su celebrado Areopago; la hallare-

mos corroborada en los distinguidos oradores que se cuentan desde el tiempo de Pericles, célebre por el impulso que durante su gobierno administrativo dió á las artes y ciencias, hasta el de Demetrio Falereo; pero sobre todos en el gran Demóstenes, que lanzándose á combatir la apatía de un pueblo adormecido con la ilusion de su gloria pasada, é indiferente al riesgo que corria su libertad é independencia, consiguió con el fuego de su palabra despertarle de su letargo, inflamar su patriotismo y disponerle para resistir á un rival poderoso que, estimulado de la ambicion, proyectaba estender su dominio por todos los pueblos de aquel imperio. Nada pudieron las armas de Filipo, mientras resonó la voz de Demóstenes: pocas veces ha alcanzado la palabra un triunfo tan completo. Mas si este orador debió con justicia llenarse de noble orgullo por el admirable efecto de sus discursos, el mérito de éstos le reservaba otro motivo de gloria en nada inferior á la que le cupo por la causa que los produjo.

Las obras sublimes arrebatan naturalmente la admiración de los hombres grandes; á la admiración sigue el exámen, y la consecuencia de un exámen escrupuloso es la regla, que fija los principios del arte. En efecto, las portentosas producciones de aquel orador llamaron la atención de Aristóteles; y este tan digno discípulo del divino Platon, como digno maestro del grande Alejandro, consagrado al estudio de las obras del orador griego, fue el primero que examinando la palabra, tanteando sus resortes, y explorando sus arcanos, dió por resultado de sus profundas y detenidas investigaciones un modelo el mas completo de análisis, su retórica: y si veinte siglos, un Galileo, un Copérnico y un Bacon se necesitaron para hacer retirar la filosofía, pero no la gloria de este célebre maestro, no sucedió lo mismo con su retórica, pues en ninguna ha sido examinada ni espuesta con tanto orden y claridad la teoría de los afectos humanos, y el modo de comunicarlos convenientemente por medio de la palabra.

Es incuestionable que la constitucion de los pueblos, sus costumbres y educacion influyen muy poderosamente en el pensamiento y en la palabra: Atenas abundó de oradores: Roma en su origen careció de ellos: los griegos cultivaban las letras: los romanos ambicionando dilatar los límites de su imperio, solo se ocupaban en las armas: así es, que en el período de mas de doscientos años en que Roma fue gobernada por reyes, no pudo ostentarse la palabra con la sublimidad, vehemencia y energíá que puso el sello característico á la elocuencia de Atenas: mas al gobierno de los reyes sucedieron los cónsules, el pueblo elegía y nombraba sus tribunos, creáronse otros nuevos cargos y funciones públicas, que indudablemente debieron despertar la emulacion de los ciudadanos, y hacerles apreciar en su verdadero valor un instrumento tan poderoso. Animados todos de un mismo sentimiento, del sentimiento de un verdadero patriotismo; sentimiento, que repetidas veces preservó á la república romana, ya de una afrentosa esclavitud, ya

de su total ruina y destruccion, miraban con cierto respeto y veneracion á algunos célebres patricios que, oponiendo la fuerza de su elocuencia á todo cuanto pudiera eclipsar el lustre de su imperio, condujeron á puerto seguro la nave del estado combatida por recias y turbulentas tempestades. Scevola, sorprendido en los reales de su enemigo Porsena, no hubiera adquirido tanta celebridad á haber dirigido con mas acierto su mano que su palabra. Pirro se hubiera hecho dueño de Roma, hubiera conducido sus huestes triunfantes á la ciudad de Quirino, hubiérale impuesto un yugo ignominioso, á no haber la palabra de Claudio entusiasmado al senado, dispuesto á transigir con el enemigo: con ese solo elemento inutilizaron frecuentemente los romanos los meditados planes de los Filipos, Antíocos y Perseos.

Mas á proporcion que cesaba el estruendo de las armas, adquiria la palabra mayor pulimento: á beneficio de la paz y de una nueva legislacion, iba despojándose el lenguaje de la aspereza, que por necesidad

debió constituir su carácter primitivo. Emulando la gloria de otros pueblos, que tan ventajosamente se distinguían por su cultura y civilización, se vió Roma en el caso de estudiarlos para imitarlos. Roma tenía fija su contemplación en la Grecia; Roma examinaba y admiraba todo lo grande, todo lo sublime que aquella produjo en artes, en ciencias, en guerra, en administración y en política. ¿Podría mostrarse indiferente en procurar los medios de elevar el lenguaje al mas alto grado de perfección? de ningún modo. Las letras griegas comenzaron á cultivarse en Roma, y á su estudio debió la lengua del Lacio los primeros destellos de su elegancia y armonía, cualidades indispensables de la oratoria, que lo mismo que la poesía, considera al oído como el camino mas breve y seguro del corazón. Siete siglos después de la fundación de Roma consiguieron ser reputados como buenos oradores los Crasos y Sulpicios; pues si bien es cierto que nada dejaron escrito, justifica su celebridad la memoria honorífica que de ellos hace Cicerón en su libro de *Oratore*,

en cuyos diálogos está recopilada la historia entera de la elocuencia romana.

Pero habiendo pronunciado el nombre de Ciceron , podemos considerar á la palabra en el apogeo de su gloria. Debiera ser tan elocuente como aquel , cuyo nombre se confundió con la misma elocuencia , cualquiera que intentara hacer no mas que un ligero análisis de la propiedad con que acomoda su espresion á la naturaleza de las materias y al fin que se propone : con sobrada justicia se le ha proclamado como modelo en todos los géneros. Su filosofía es una prueba evidente de que no hay ningun asunto, por sutil que parezca, que no pueda esponderse con todos los adornos de la elegancia y delicadeza. Pero lo que hace aun mas relevante su mérito en esta parte , es segun la opinion de un célebre humanista, haber trasladado á la literatura latina las doctrinas de las mas famosas escuelas de la Grecia , cuando los latinos carecian todavía de términos para esplicar las abstracciones de la metafísica de los griegos : se vió, pues, precisado á crear para los romanos el len-

guage filosófico, que trasmitido á nuestras escuelas se ha conservado como auténtico testimonio de que sus obras fueron escritas para todos los tiempos y para toda la humanidad.

Si le seguimos al foro, ¿cuán insensiblemente nos dejaremos arrebatar de la energía de sus defensas, cuando en un tiempo de escandalosa corrupcion, toma bajo su amparo al desvalido y hace que triunfe la inocencia? Si le contemplamos en la presencia de César, ¿con qué ingenio le prodiga su palabra los elogios que han de facilitar el camino de su clemencia! Mas.... no es ya una causa particular la que defiende: el espíritu de revolucion se apodera de los ánimos de una multitud de ciudadanos indignos de tal nombre; en sus clubs tenebrosos sancionan con juramento execrable el asesinato del cónsul, el incendio de la ciudad y la devastacion de la Italia. La patria en tan críticas circunstancias confia en el ausilio de un hombre, y parece decirle á Ciceron: *levántate y habla*. Nadie ignora el mágico efecto que produjo su palabra; conocida de

todos, admirada por todos desde los primeros años de nuestra enseñanza, basta decir que proporcionó á la república su salvacion, y al cónsul el título glorioso de padre de la patria.

Roma patrem patriæ Ciceronem libera dixit. (Juven.)

Alumnos, que encaminais vuestros pasos á la distinguida profesion del foro, destinados á ser algun dia el firme apoyo de la inocencia, el baluarte inespugnable de la razon y de la justicia, no os desdeñeis de consagrar algunos momentos al exámen de esas clásicas páginas respetadas por los siglos y admiradas por los sabios: ellas os instruirán en cuanto encierra de mas grave la historia, de mas juicioso la filosofía y de mas sublime la elocuencia.

Si el estudio de la lengua griega fue el punto de donde partió el pulimento y perfeccion de la latina, el estudio de la latina ha contribuido sobremanera al pulimento, perfeccion y gusto de las modernas. Preservada esa lengua, como por un privilegio

especial, de la infausta suerte que cupo á la caldea, á la fenicia y á otras, cuya gloria quedó sepultada entre las ruinas de sus imperios, debe su conservacion á los escritos de aquellos hombres célebres, que nunca nos cansamos de admirar. Cual iris, que despues de una furiosa tempestad, ostenta sus variados colores, así tambien esa lengua, despues de la catástrofe de los infinitos pueblos que la usaron, se deja ver con toda la gallardía que la enalteció en el siglo de Augusto. Esas sublimes producciones han puesto en manos de la posteridad los medios mas seguros para conducir por buen camino la palabra, el gusto y el estilo. ¿Qué ventaja no prestaron á su lengua los Dantes y Boccios, por haber profundizado los clásicos latinos, cuando á luego de la toma de Constantinopla se acogieron á la Italia los restos de la literatura antigua? no fueron menos felices en igual trabajo Montaigne y Vaugelas, que á pesar de la esclavitud gramatical de su idioma consiguieron, con el ausilio de los autores latinos, corregir su lengua y mejorar su estilo. La célebre escuela de

Port-Royal á no haber asegurado sus pasos sobre las huellas de los antiguos, nunca hubiera producido los nombres que la han honrado.

Nuestra lengua, grave como nuestro carácter, rica y abundante como las producciones de nuestro suelo, clara y despejada como nuestro horizonte, puede gloriarse de haber desarrollado con el apoyo de la latina sus formas dialécticas mucho antes que otras modernas; pues generalizadas por la imprenta en el reinado de Carlos I las obras clásicas de la antigüedad, acaso no hay idioma que mas haya participado que el nuestro de la benéfica influencia de tan dignos modelos. A su estudio é imitacion se atribuye aquella celebridad casi europea, que en el siglo XVI distinguió nuestra literatura. Las páginas de Mendoza retratan la concision de Salustio unida á la gravedad y profundidad de Tácito. No injustamente se llamó á Fr. Luis de Granada el Ciceron español: su tono verdaderamente oratorio nos representa los períodos rotundos del célebre romano, y lo mismo que

éste aparece ya fácil y sencillo, ya numeroso y lleno, unas veces grave y vehemente, otras enérgico y sublime, y siempre modelo de propiedad y de pureza. ¿Quién deja de recordar al frente de los cuadros de Mariana el delicado pincel de Tito Livio? en la narracion de las conquistas, en la descripcion de las batallas, en las arengas de los principales caudillos resaltan la correccion, la precision y la gravedad, que caracterizaron el estilo del historiador romano. Los reducidos límites de un discurso de esta naturaleza me impiden probar, como quisiera, que los Leones, Cervantes y cuantos contribuyeron á la gloria del siglo de oro de nuestra literatura, cultivaron con ardor las letras latinas; que habituados á un language tan delicado desenvolvieron sin grande dificultad las disposiciones que los conducian á la elocuencia, habiendo llegado por ese camino al punto de perfeccion en que los admiramos. Desvanézcase, pues, la fatal preocupacion que ha cundido con harto perjuicio de las obras del ingenio, á saber: que el estudio de las lenguas antiguas ha servido de

rémora al desarrollo de la imaginacion : no: ellas fueron las que adelantaron y sazonaron el fruto , las producciones de nuestros mas célebres oradores y escritores. Mientras nuestra cultura , dice un literato de nuestros dias , continúe siendo , como lo ha sido desde su origen , y lo es en los tiempos presentes , un reflejo de Grecia y Roma , ó retrocedemos hácia la barbarie de las naciones que estinguieron aquellas dos grandes lumbreras , ó tenemos que identificarnos con el espíritu y la índole del idioma , las leyes, las instituciones y la historia de los que nos abrieron el mundo de la inteligencia.

He procurado , jóvenes alumnos , contribuir á la solemnidad de este acto por el que se os franquean las puertas del saber, concretándome á un asunto que tiende á provecho y beneficio vuestro ; pues los que contentos con la lengua materna no gustan enriquecerse con los tesoros de las antiguas, podrán adquirir facilidad en hablar ; pero es temible que su facilidad carezca de fondo , y de gusto su estilo. Otras consideraciones de mas peso habrán debido mover al

ilustrado Gobierno de S. M., solícito siempre por las mejoras de la enseñanza, á dictar las órdenes recientes, que revelan el aprecio que le merece la latina: á vosotros incumbe secundar sus miras, consagrándoos con perseverancia al estudio de esa lengua monumental, en la que la religion, la historia, las ciencias y las letras tienen vinculado su interés.

Vosotros, distinguidos profesores, que con tanta utilidad de esa juventud confiada á vuestro celo y direccion, desempeñais la mision sublime, sagrada, de la enseñanza, no olvideis que esta escuela debe el origen de su bien merecido concepto á los incesantes esfuerzos, á los generosos sacrificios de esos vuestros dignos predecesores; hijos, los mas, de este suelo valenciano, y todos de esta Universidad, consiguieron poner á salvo del olvido la memoria de sus nombres: no inútilmente trasladó el pincel á esos lienzos los timbres de su gloria: la vuestra está interesada en acrecentar la que de ellos habeis heredado: y lo conseguireis, inspirando á los corazones de esos vuestros caros

alumnos los nobles sentimientos de probidad y de ciencia, únicos capaces de conducir felizmente á nuestra nacion al mas alto grado de esplendor y de prosperidad.—HE DICHO.



